

Miguel de Unamuno y Ricardo Palma: una amistad epistolar

Wilfredo Kapsoli Escudero

Desde 1997 hasta el año 2003 frecuenté la Universidad de Salamanca (España) para realizar una serie de actividades académicas: presentar ponencias en congresos, seminarios, dictar clases y conferencias en los cursos de pre y postgrado. Mi primera visita tuvo un preámbulo espectacular y lleno de generosidad: un auto del rectorado me esperaba en el aeropuerto de Barajas en Madrid de donde me condujo a la apacible ciudad de Salamanca. Don Miguel Ángel Perfecto había logrado que me hospedara en el famoso colegio Mayor de Fonseca. Yo estaba asombrado y maravillado a la vez. No era para menos. Pocos mortales tenemos la suerte de disfrutar de la belleza y bondades arquitectónicas de un colegio de tan notable solemnidad.

Ni qué decir de Salamanca que, como lo consignó don Miguel de Unamuno, en alguna de sus cartas: «Se conservan allí, sí, el antiguo local de la Universidad, el patio de las Escuelas, la casa de las Conchas y otras hermosuras de arte. Esto es un encanto».

Posteriormente, fui invitado por Ángel Espina para participar en un Congreso de Antropología Iberoamericana en el que gocé de la amistad del oferente y de los simpáticos colegas mexicanos. Y, más adelante, volví por la acogedora Salamanca en compañía del Dr. Iván Rodríguez Chávez y del poeta Manuel Pantigoso a un encuentro cultural peruano-español organizado por la Universidad privada de dicha ciudad.

Fue en estos viajes que tomé contacto con la Casa Museo de don Miguel de Unamuno donde se encuentra su biblioteca y archivo personal. Conocía ya de su existencia por los estudios de Armando Zubizarreta y de César Pacheco Vélez. Particularmente, este último, en su ensayo sobre Unamuno y Riva Agüero, dio cuenta del corpus documental consistente en un conjun-

to de cartas y de libros dedicados al maestro salmantino por una serie de intelectuales peruanos.

Con la finalidad de hacer conocer tales fuentes a la comunidad universitaria y público interesado, la Universidad Ricardo Palma firmó el convenio de coedición del epistolario de Unamuno con la Universidad de Salamanca y realizar nuevas investigaciones sobre la influencia de Unamuno en el Perú. Con este propósito elegí analizar la amistad epistolar que tejieron Ricardo Palma y don Miguel de Unamuno y trabajé por más de dos meses en los archivos de la referida Casa Museo, donde fui gentilmente socorrido por don Laureano Robles especialista en la enorme correspondencia del maestro español.

1. Las raíces de la Amistad: 1892

En sus inicios la amistad fue pensada y practicada para el cultivo de la inteligencia. Los hombres se reunían para discutir e intercambiar ideas estimulantes al desarrollo de la creatividad y de la reflexión filosófica. Posteriormente, la razón de ser de la amistad, se sustentó en la empatía personal y en el afecto. De estas dos formas de la amistad, don Miguel de Unamuno (1864-1936) y don Ricardo Palma (1833-1919), optaron por la primera aunque sin dejar de lado la segunda en tanto nunca se conocieron personalmente.

El envío de un libro, con una nota manuscrita del 30 de agosto de 1903

Tengo a honra a saludar al señor de Unamuno, rogándole que se tome la molestia de consagrar un par de horitas a la lectura del librejo que le envía su muy sincero apreciador que le besa la mano Ricardo Palma fue el germen de una sustanciosa correspondencia.

Don Miguel, no tardó en responder, y lo hizo con la carta del 29 de octubre de 1903. Sus palabras iniciales fueron, por lo demás, significativas

Mi estimado señor Palma: Conocía a usted por diversos escritos suyos –las *Tradiciones Peruanas, en especial*– y lo estimaba mucho. vea, pues, si me habrá sido bienvenida su obra de *Papeletas Lexicográficas*. La anterrotula usted así: «dos mil setecientas voces que hacen falta en el Diccionario»... ¡Si no fueran más!

Y, luego, se presenta académicamente:

Me dedico, como tal vez sepa usted, desde hace años a la lingüística de los idiomas neo-latinos, explico en esta Universidad la cátedra de filología comparada del latín y castellano –que estaría mejor llamar Gramática histórica de la lengua española– y cada vez me arraigo más en mis convicciones en punto a lenguaje.

Es necesario un inventario de la lengua española, es decir, un registro de las voces todas usadas por los escritores y el pueblo en las distintas regiones. Pero, esto no se puede hacer porque

El pecado original de la Academia es aspirar a ser una autoridad que define lo que es bueno y los que es malo, y no una corporación que investigue el lenguaje. Tan absurdo me parece que niegue entrada a un vocablo en extensa región, como el que usa una Academia de Ciencias Naturales rechace a un insecto porque no lo conoció antes.

Más adelante, continúa

Dice usted, señor Palma, que soy el más fecundo de los neólogos. Puede ser; pero esto arranca del ideal que me he formado del idioma. No riqueza sino fecundidad hay que pedirle. Un idioma no tiene tantas o cuantas voces sino todas las que hagan falta, siempre que la forme uno con arreglo a su índole propia y al modo de composición y derivación normal.

Y, asegura Unamuno, en general son tres las fuentes de su enriquecimiento:

- a. «La analogía o formación de nuevos derivados al modo de las ya existentes».
- b. «Los dialectos y hablas populares, en cuanto no se aparten de la índole general del idioma».
- c. «La generalización de términos técnicos.»

Y, refiere que cuando escribe, pone ahínco «en desentoñar y desentrañar palabras que chorrean vida según corren frescas y rozagantes de boca en boca y de oído en boca de los buenos lugareños de la tierra de Castilla y de León. Hay que flexibilizar y enriquecer el rígido y escueto castellano, dicen allende los mares».

Unamuno ha dado una sumaria lección haciendo gala de su elocuencia. Está encandilado y lleno de emoción

Con ocasión de su libro, ampliaré mis teorías lingüísticas sobre neologismos. Gracias pues, por haberme ofrecido coyuntura para ello.

Antes de despedirse, Don Miguel afirma: «He repasado su libro y le dedicaré artículo en *La lectura*, revista mensual de Madrid» y añade: «Mil gracias, señor Palma, por las benévolas referencias que a mi persona atan en su libro». Y, finalmente, concluye

Me felicito de que el envío de su libro sea el origen de una relación que me será provechosa y muy grata. Desde luego se le ofrece como amigo su afectísimo y seguro servidor.

De esta manera había nacido una amistad aunque con su tono altivo del remitente europeo.

Ricardo Palma, contesta a la misiva desde Lima, con fecha 20 de diciembre de 1903

Gratísima sorpresa tuve, ha tres días, al recibir su amabilísima carta del 29 de octubre que termina dándome el dictado de amigo, que acepto con orgullo y correspondo con agradecimiento.

Palma está de acuerdo con las teorías lingüísticas de Unamuno: «armonizan por completo con las mías. Pienso como usted que no es riqueza sino fecundidad lo que necesita el idioma», comenta.

Si la evolución es un proceso por el cual se desarrollan los organismos gradualmente, pasando de un estado a otro. En el lenguaje articulado esto no es de extrañar, ya que las palabras tienden también a modificarse de acuerdo al lugar en donde se desenvuelven. Lo cual está condicionado por factores humanos que hacen que una lengua continúe y se enriquezca o, por el contrario, perezca.

Por tanto, «Si una lengua no evoluciona, si no se enriqueciera su vocabulario con nuevas voces y nuevas acepciones, así estuviera condenada al estacionarismo... el purismo pasó de moda». Por eso,

en materia del lenguaje, anda encuentro de ridículo ni más pretencioso que eso de exhibirse como afiliado entre mantenedores de una pureza fantástica y que excomulga a los que, con criterio libera, no rechazamos locuciones que ya el uso ha generalizado. El lenguaje dista mucho de ser exclusivista. Surge una nueva acepción y, para excluirla o condenarla, no hay instituciones bastante poderosa ni suficientemente autorizada. (*Papeletas lexicográficas.*)

La lengua ha transitado por un largo camino, «es un órgano viviente que evoluciona y en cualquier momento de su historia se halla en estado de equilibrio entre dos fuerzas opuestas. la una conservadora y tradicional y la otra revolucionaria e innovadora» (*Ibid*).

Es sabida la gloriosa época de oro de la literatura española, donde brillaron notables escritores como Miguel de Cervantes Saavedra, Calderón de la Barca y Lope de Vega que eternizaron el lenguaje español pero, a la luz del desarrollo de nuestra lengua, deberíamos concebirla en su forma y en su método que tan importantes son para la existencia del idioma castellano. Riqueza que la encontraríamos plasmada en un Diccionario donde se registren y definan adecuadamente los términos considerados cultos y vulgares hablados en el mundo Hispano-americano.

Ricardo Palma, enseguida despotrica contra los Académicos de la Lengua (seguramente inspirado en la calificación de autoritaria y en el sarcas-

mo de su novísimo amigo al compararlos con la negativa a estudiar un insecto porque antes no lo conocían)

Mi idiosincrasia es un suncho rebelde a todo lo que encarne imposición autoritaria.

De ahí viene el que desde 1892, en que estuve en Madrid enarbolará bandera de rebelde contra la Academia, reacia para aceptar toda la evolución en el lenguaje. Para mis compañeros de Academia fui un hereje vitando, digno de la hoguera inquisitorial [...] La intransigencia académica de la mayoría [a no aceptar los americanismos] ha dado por fruto a que tres Academias correspondientes se hayan declarado en receso. Tenemos derecho, los hijos del mundo que descubrió Colón, a que nuestras voces más usuales y las acepciones que a vocablos antiguos damos, adquieran carta de naturalización en el Léxico.

Palma es enfático

Hoy por hoy, mi respetable señor Unamuno, el Diccionario no es del todo inútil a los americanos. Y luego, en punto a definiciones, abundan las disparatadas, principalmente cuando se echan a definir los pocos americanismos [...] que tienen ribete de insolencia.

Lo discreto, lo juicioso es que España [...] deje de ser intransigente para con los cuarenta millones de americanos. (Lima, 20 de diciembre de 1903).

Las afirmaciones de Palma fueron plenamente refrendadas por Unamuno

Lo que me dice de la testarudez académica es el evangelio puro. Más aquí cada vez nos hacemos menos caso de la tal Academia y el lenguaje se ensancha y flexibiliza sin contar con ella. Su papel deber ser aceptar lo que aceptó el pueblo. Pero, por desgracia, lejos de ser una corporación conservadora lo es reaccionaria. Santo y bueno que no se precipite a admitir cualquier novedad, pero es torpeza, no poner el sello a lo que sin él corre. No quieren comprender que oro de ley sin acuñar vale más que oro malo acuñado. (Cf. carta del 18 de abril de 1904).

Y, generalizando la cuestión, cabe decir que

en pocos idiomas son más muertas y más absurdas las fórmulas cancillerescas y burocráticas que en castellano lo son. Y es que las más de esas fórmulas carecen de contenido real y sólo sirven a nuestra pereza mental para rellenar huecos sin decir nada [...] Es un reuma senil.

La virulencia contra la Academia y la evocación del año de 1892 debieron martillar en la memoria de don Miguel. Estos motivos afianzaron más la naciente amistad entre ambos escritores: formaba parte de un territorio común que se constituyó en nexo activo, como nos lo ha hecho notar recientemente Carmen Ruiz Barrionuevo.

Por estas ironías de la vida, 1892 fue un año terrible para Ricardo Palma y Miguel de Unamuno. Ambos fueron descalificados por la misma insti-

tución: la Academia de la Lengua. Al primero, le rechazaron sus americanismos y peruanismos y al segundo, lo desplazaron en un concurso sobre el *Poema del Cid*.

Testimonios cargados de emotividad y resentimiento nos acerca a aquellos episodios.

1.1. El IV Centenario del Descubrimiento de América

El gobierno español festejaba, en 1892, el IV Centenario del Descubrimiento de América. Ricardo Palma fue designado para representar al Perú en dicho evento. Él llega con un mes de anticipación por el puerto de Irun y su primer contacto es con la ciudad de San Sebastián donde admira el lujoso casino de la localidad y la libertad política de sus ciudadanos.

Posteriormente, va a la legendaria ciudad del Cid Campeador. De ella dice

Burgos es una ciudad por la que no ha pasado el soplo del siglo XIX. En Burgos se vive en pleno siglo XIV. La piqueta demoledora poco ha trabajado allí.

Días más tarde, está en Huelva donde visita las Carabelas de Colón

Santa María mide veinticuatro varas castellanas de eslora, por ocho de manga y cinco de punta en el castillo. Pesa ciento veintiocho toneladas. La Pinta es de dieciocho varas de largo y la Niña casi un juguete, medirá de once a doce varas. Increíble parece que, en tan pequeñas embarcaciones, se hubiera acometido por el nauta genovés y sus no menos heroicos compañeros, la aventura empresa de echarse a buscar un mundo surcando mares procelosos e ignotos (*Recuerdos de España*).

Nótese que don Ricardo se expresa con un lenguaje técnico que lo conocía porque de mozo trabajó en la marina mercante y de modo tal estaba familiarizado con el mundo del mar y de las embarcaciones.

Su viaje continúa y, esta vez, se detiene en Sevilla de la que añora

despertó en mí y en mis hijos el recuerdo de Lima. Apenas recorrimos su angosta y larga calle de la Zierpe (parecida a las nuestras de Mercaderes y Espaderos) nos encontramos en «el centro más animado del comercio y del pecadero obligao para el bolsillo, que no resiste a la tentación que ofrecen las telas a la moda y los objetos de fantasía (*Ibid*).

Finalmente, nuestro viajero, pasa por las ciudades de Granada, Córdoba, Barcelona y Madrid de las que ha dejado singulares comentarios

En la Alhambra no discurre el espíritu, no hace más que extasiarse. La Alhambra se impone a la admiración entusiasta del viajero, como se impone todo lo que a más de ser bello, solemne y grandioso, está poetizado por la historia.

No visitar la capilla Las Ánimas (Córdoba) habría sido indisculpable en un peruano.

Esta capilla la fundó, en la primera década del siglo XVII, nuestro compatriota el Inca historiador Garcilaso de la Vega... tres horas estuve en la monumental mezquita, horas en las que mi espíritu estuvo horas en las que mi espíritu estuvo abrumado por la admiración de tanta y tanta maravilla» (*Ibid.*).

Barcelona como ciudad, poco o nada tiene que envidiar a la capital de España. Madrid tiene el fausto de una ciudad cortesana [...] es la villa que consume y no produce, la villa de la holganza y del goce. En Barcelona, ciudad rica por su industria y comercio [...] hay más actividad, más animación, más holgura. En Barcelona se siente palpar la vida. Hasta la naturaleza es alegre, porque la tierra produce flores y los árboles verdean, robustos y no enfermizos como los del paseo de la Castellana en Madrid.

Palma, como vemos, es halagüeno en un caso y lapidario en otro. ¿Qué circunstancias personales habrían influido en su estado de ánimo para ser tan categórico con esas apreciaciones? A ciencia cierta no lo sabemos. ¿No será porque en Barcelona le prodigaron atenciones y la editorial Emauci asumió la publicación de sus obras, mientras que en Madrid no le hicieron caso a su empeño filológico?

Luego de este periplo, lleno de anécdotas y notas de viaje, Ricardo Palma participa en las sesiones

particularmente de los jueves de la Real Academia de la Lengua en la cual tenía un interés personal porque desde hacía muchos años había ido formando un nutrido fichero de papeletas lexicográficas, libro que contenía muchos términos de voces y locuciones habituales en América y en el Perú que no figuraban en el Diccionario.

Quería la incorporación de dicho vocabulario, pero su petición no tuvo la acogida que él esperaba

los académicos españoles, uno después del otro, fueron manifestando su opinión en la que predominó el criterio de rechazar varias voces propuestas, unas porque ya habían surgido en España y no habían sido aceptadas, otras porque se consideraban innecesarias o superfluas, otras quizás las más porque no eran conocidas o de uso habitual en la península.

Palma insistió en tono vehemente y el Director de la Academia suspendió la sesión en forma diplomática señalando que una comisión lo dictaminaría para las próximas reuniones.

La posición de los académicos se mantuvo firme, invariable. No aceptaban ampliar el Diccionario con sus vocabularios locales y menos lo iban a hacer con los ajenos.

De esta manera, nuestro tradicionista, estaba derrotado y dolido

Las fiestas del Centenario colombino han dado el tristísimo fruto de entibiar relaciones [...] por el rechazo sistemático de las palabras que, doctos e indoctos, usamos en América lo que implicaba desairoso reproche [...] Siempre fue la intransigencia semilla que produjo mala cosecha.

Ese exclusivismo de la mayoría académica importa tanto como decirnos

Señores americanos, el Diccionario no es para ustedes. El Diccionario es un cordón sanitario entre España y América. No queremos contagio americano (*Ibid.*).

Ante tanta soberbia, Ricardo Palma, dio por terminada su vocación hispanófila.

Y tiene razón la Real Academia. Cada uno en su casa y Dios en la de todos (*Ibid.*).

1.2 El Concurso sobre el *Poema del Cid*

La Real Academia Española de Madrid abrió un concurso acerca de La Gramática y el Vocabulario del *Poema del Cid* con la finalidad de estimular el interés de los investigadores nacionales en el estudio de dicha obra. Hasta entonces, aquella preocupación estaba «prácticamente en manos de filólogos extranjeros» hacia quienes reinaba un ambiente de indiferencia y hasta de hostilidad.

El certamen se dio a conocer el 24 de junio de 1892. Se ofrecía un premio de 2500 pesetas, medalla de oro y la publicación de 500 ejemplares para la obra ganadora. El plazo de entrega de los originales se cerraba al año, el 30 de junio de 1893.

Por esa época, Miguel de Unamuno, trabajaba en temas de filología. De esta inquietud nos enteramos por la carta a Pedro de Mugica del 29 de abril de 1890. En ella pide que «le ponga en contacto con sus amigos de Berlín dedicados a la filología». E informa

Me he dado de firme al estudio del latín y el griego por una parte y por otra prosigo mis estudios sobre el vascuence y también sobre los romances. Del castellano tengo recogidos numerosísimos datos [...] cuadernos y más cuadernos guardo con su archivos de notas. Tengo también abundante información sobre los modismos populares, de los giros, inflexiones y fonética del pueblo, que es quien hace vivir la lengua. Porque, no hay nada mejor que proponerse un objeto, una tarea larga y «atarse a la vida por el trabajo». Porque dos son los propósitos más firmes que llevo: una obra, la más completa que pueda, acerca del vascuence y una Gramática histórica del castellano o una verdadera historia de nuestra lengua.

La misiva concluye con la reiteración del pedido inicial

Son pocas, poquísimas las gentes con quienes puedo hablar de estas cosas [...] De filología aquí no hay más que algún aficionado, ni saben lo que es eso [...]

Como se desprende de aquella comunicación, Unamuno trabajaba febrilmente en sus dos proyectos.

En la carta siguiente, del 6 de mayo de 1890, dice

Del castellano tengo escrita una Fonética, muy adelantada, y muchas observaciones sobre las formas dobles como huerto-huerta, ramo-rama, sayo-saya, etc.

y también del sentido aumentativo

indicando el femenino cosa de más extensión y he observado en el uso del pueblo que en muchos casos prefiere el femenino para expresar lo mayor. Como ejemplo citaré a Ud. A la moneda de 5 céntimos le llaman perro o perra chica, a la de 10 perro o perra grande, pero he notado (sobre todo en Madrid) una tendencia grandísima del adjetivo y llaman *un perro* a la pieza de 5 y *una perra* la de 10.

Hace saber también que trabaja sobre etimologías en el que

partir del vocablo castellano y echarse a buscar su padre es peligroso. Hay que partir del latín y de la comparación de los romances. El método consiste en partir no de tesis, sino de datos y esperar la solución, si llega, si los datos la traen aceptarla, si no llega, dejar libre la cuestión...

Por último, da cuenta de que tiene «trabajillos» acerca de las analogía, diminutivos y que ha «asistido a un curso sobre el *Poema del Cid*». De aquí, en adelante, hay varias referencias a este cantar

a. «Conozco la edición de el *Poema del Cid* de Volmoller y sé como la hizo. Un periodista que vino acá con Federico el Emperador, el padre del actual Guillermo (manco y yo presumo chiflado), un periodista, repito, copió todo aquí en un códice» (Carta s.f.)

b. «No me parece que se puede señalar como voz francesa el *cuer* (corazón) de *Poema del Cid*, porque de cord pudimos muy bien hacer en castellano *cuer* con la diptongación, forma que cedió a *corazón*. ¿Será un aumentativo? Ya sabe Usted que aquellas voces que al derivarse quedaban en monosílabos se alargaban... Así creo que *cuer* (*cor*) es castellano puro, nacido aquí, por ley castellana, sin influencia extraña» (Bilbao, 24 de junio de 1890).

c. Hace una lista de los antiguos dialectos de España: aragonés, leonés, toledano, burgalés, catalán, castellano y recomienda «ante todo una buena geografía lingüística» y se pregunta «El *Poema del Cid*, en qué dialecto está?» (Bilbao, 26 de julio de 1890).

Dos años después, Unamuno, estaba a punto de abandonar sus estudios filológicos del que se declara ser apenas «un aficionado» y que sólo se remitía a él como una «gimnástica espiritual e intelectual». Más aún, comentaba, a su amigo

Atravieso una época caótica, solicitado mi ánimo por mil diversos trabajos y sin encarnizarme en ninguno de ellos (Bilbao, 6 de julio de 1892).

En ese trance se entera del concurso que ha convocado la Real Academia y su interés por él salta a la vista

La primera noticia que tengo de ese premio de 2500 pesetas y la medalla de oro para la Gramática y Vocabulario del *Poema del Cid* es la que usted me da. Nada sabía de ello. ¿Dónde?, ¿cuándo, ¿quién?, ¿cómo? Déme usted detalles. Dónde hay que presentarlo, a quién, en qué plazos y en qué condiciones. Ni antes ni después de su carta he oído hablar lo más mínimo de semejante cosa. En vista de los datos que usted me proporciona me animaré acaso a trabajar en ello y eso que hace tiempo dormitan mis trabajos de romanismo.

Ha tomado, pues, nota del certamen y a él se dedicará con ahínco.

El 9 de febrero de 1893, escribe desde Salamanca

Yo llevo muy adelantado mi trabajo, puedo decir que concluido en sus líneas generales y sólo me resta ordenar la Introducción, repasar la redacción y orden didáctico y copiarlo luego en limpio [...] He llevado días de una labor intensísima, sobre todo, repasando documentos, cartas pueblas, privilegios, contrastos, etc. [...] Lo que más me ha embrullado ha sido la sintaxis...

Al mes siguiente (6 de marzo) reiteraba

Estoy muy adelantado en mi *Poema del Cid* [...] y satisfecho de mi trabajo, lo que menos me importa son la etimologías, lo que más el rigor didáctico, metodológico y científico de la fonética, morfología y sintaxis [...] He hecho mi trabajo en esta pobre y retirada Salamanca disponiendo *afortunadamente* de muy pocos libros en los que he hallado el hilo de no pocos ovillos.

Y, por fin, dos notas previas al concurso

Como la fecha para la presentación de mi trabajo a la Academia se viene encima estoy muy atareado dándole la última mano y apresurándome a ponerlo en limpio [...]

En sueño que, merced al *Poema del Cid*, ha echado este curso, sin más que breves vigiliadas y algunos ensueños, ha de ser útil.

Ya entregué en la Academia mi lío el *Poema del Cid* y según me escribe mi primo, que fue el encargado de hacerlo, ha sido la primera presentada. No creo que haya muchas (Salamanca, 28 de mayo de 1893).

Era cierto, sólo fueron tres más. De aquí, en adelante, se está a la espera de los resultados.

En el interín, Unamuno recibe, confidencialmente, noticias desalentadoras. El jurado veía en uno de los trabajos como méritos «el completar el principio del Poema y hacer un itinerario perfecto del Cid».

La reacción de nuestro concursante es encendida y apasionada

ellos harán lo que quieran, yo veré el trabajo premiado y si sus méritos todos son del género de los dos que usted cita me daré el amargo placer de embestir a los académicos y aún de *insultarlos*. Porque, créame usted que no es la cosa para menos. Y ahora ahí va el *aviso*.

Luego precisa

Se nos pedía gramática y *vocabulario* del *Poema del Cid*, es decir, un trabajo *lingüístico* y no de bibliografía, ni literato, ni geográfico. ¡Qué necio fui! debí tener en cuenta que en la Academia dominan los literatos eruditos y *humanistas* más o menos dilettantis de lingüística...

En fin, «si después de concedido el premio lo veo injusto les embisto con toda la virulencia que Dios me conceda. Y no digo más» (Salamanca. Carta s.f.)

La carta del 13 de noviembre documenta su cólera y su lamento

¡Yo que estaba tan satisfecho con mis indagaciones para probar que la metátesis es el último grado de la epéntesis! [...] ¡Yo tan contento con mi disertación acerca de los sufijos vivos y los muertos como órganos que se han atrofiado por falta de función! [...] ¡Yo tan satisfecho de mi ensayo de aplicación a leyes biológicas evolutivas! [...] ¡Verme ahora con que perdí el tiempo por no haberme dedicado a itinerarios y cosas por el estilo!

Por todo lo dicho, Unamuno quiere saber «si los señores jueces han leído (no hojeado u ojeado, sino leído) mi trabajo. Me temo que ande de por medio Menéndez Pidal u otro por el estilo. Usted ¿sabe algo?» Pregunta a su amigo el 14 de abril de 1894.

Efectivamente el premio fue concedido a Ramón Menéndez Pidal, cinco años más joven que Unamuno quien a la fecha, tenía treinta años. El fallo se dio a conocer en febrero del año siguiente: 1895. Al ganador le habían ungido con 19 votos, mientras a los perdedores no le dieron ni uno.

No se sabe la reacción de Unamuno al conocer el veredicto final. Aunque, en opinión de Armando Zubizarreta «Unamuno sufrió, por los primeros meses de 1895, una aguda crisis espiritual». Bárbara Huntley y Pilar Liria son más contundentes

Dado su temperamento 'nervioso, apasionado', no nos parece descaminado ver en la crisis de principios de 1895 una estrecha relación con el concurso de la Academia e incluso pensar que el fallo dado en febrero iniciara la fuerte conmoción espiritual que culminó en 1897.

Al respecto hay dos testimonios similares de él mismo

a. «¡Qué cosa más terrible atravesar la estepa del intelectualismo, y encontrarse un día en que, como llamada y visita de advertencia, nos viene a la imagen de la muerte y del total abatimiento! Si supiera usted qué noches de angustia y qué días de inapetencia espiritual tuve [...] Me cogió la crisis de un modo violento y repentino [...] y comprendí la vida recogida, cuando, al verme llorar se le escapó a mi mujer esta exclamación viniendo a mí: '¡Hijo mío!'. Entonces me llamó hijo, hijo. Me refugié en prácticas que evocan los días de mi infancia» (Carta a su amigo Pedro Jiménez Ilundáin, citado por Metzidakis: 8).

«A la niñez cuyo recuerdo es el alivio de nuestra alma», anotó más adelante en sus libros preferidos.

b. «Y no hablemos de los que, rebelándose contra la ética, quieren imponernos la tiranía de la estética y sustituir a la conciencia moral con esa quisicosa que llaman el buen gusto [...] en un momento de angustia, sin saber cómo ni de donde, nos sobrecoge de nuestra mortalidad [...] de repente parece como si la muerte aleteara sobre mí. No la muerte, sino algo peor, una sensación de anonadamiento, una suprema angustia. Y hay quien no descubre la hondura de todo el cariño que su mujer le guarda sino al oírla, en momento de congoja, un desgarrador ¡hijo mío!, yendo a estrecharle maternalmente en sus brazos. Todo amor de mujer es, si verdadero y entrañable, amor de madre, la mujer prohija a quien ama» (*Vida de Quijote y Sancho Panza*, cap. LVIII).

La confesión de aquella crisis la hizo a su amigo Bernardo Rodríguez, quien le aconseja

Comprendo y siento de veras al pensar las terribles luchas que habrá sostenido usted. Verdaderamente es cosa terrible. No creo que nadie podrá tacharlo a usted de loco ni de tonto, pero sí creo que, dado su temperamento nervioso, apasionado, le conviene moderar los ímpetus de su carácter, madurar las cosas y realizarlas con gran tranquilidad. (Barcelona, 9 de mayo de 1895, citado por B. Huntley y Pilar Liria).

Pero a pesar de esta diversidad, el Concurso de 1892, fue decisivo en la vida de Miguel de Unamuno. Por un lado, dos años después, hizo amistad con Ramón Menéndez Pidal, su ocasional opositor y por otro, se dedicó de lleno a lo suyo: la literatura y a la comprensión del hombre «único e indivisible», del ser humano con todos sus anhelos y preocupaciones. Más aún, a decir de Huntley y Liria, se convirtió en un guía espiritual que orientó a la Generación del 98

En la selección del lema que hicieron Unamuno y Menéndez Pidal para identificar sus trabajos sobre el *Poema del Cid*, cada uno inconscientemente anunció su vocación, colocándose cabalmente en el sitio que le correspondía en su generación. Unamuno, cuya vida fue regida por una angustiosa búsqueda de Dios, se fijó en el verso 850 y encabezó su trabajo con esta leyenda: Qui a buen señor sirue siempre biue en delicio.

Menéndez Pidal, incansable trabajador en la recreación de la perdida poesía medieval y la escondida tradición oral, erigió el verso 3378

Quien no darie nueauas de myo Cid el de Biuar.

¿No son estos lemas proféticos anuncios del papel que uno y otro iban a desempeñar en aquella generación que empezaba a actuar en el último decenio del siglo? La preocupación de fondo que les movía a todos era el amor a España, el deseo de encontrar la España auténtica.

De esta manera concluyó la desventura de don Miguel en el Concurso de 1892.

Como podemos observar, tanto Ricardo Palma como Miguel de Unamuno, fracasaron ante la Academia Real de la Lengua. Ambos recibieron la afrenta con desaliento y respondieron con encono. Y, en términos personales (por razones de carácter) Palma asumió la situación con calma, mientras que Unamuno fue envuelto por una aguda crisis depresiva. El primero publicó su ponencia con el título de *Neologismos y Americanismos* en 1896, mientras que el segundo, silenció su obra por completo hasta que fue hallado por Bárbara Huntley y Pilar Liria, quienes la editaron en 1977.

2. Los frutos de la amistad: 1903-1913

Miguel de Unamuno consideraba que «la lengua escrita no puede diferenciarse más o menos de la hablada hasta que se forme una tradición literaria». A su vez, «la lengua literaria es tan natural y regular como la del pueblo y obedece a otras necesidades e ideas. Ideas que no son del vulgo exigen lengua que no sea la suya. La literatura que trae a los pueblos un nuevo sentido, necesita una nueva lengua que represente su espíritu». Si la lengua es la sangre del espíritu es el fundamento de la Patria espiritual.

Alentado por tales ideas escribió *En torno al casticismo* (1895) y *Paz en la Guerra* (1897). Para Julián Marías «ambos libros significan quizá la resaca de aquella decepción –la de 1892– [...] No vamos a tener más remedio que mirar con otros ojos la figura de Unamuno y la España entera de su juventud, cuando iba entrando en su madurez, buscando un blanco para la flecha de su vida». (Prólogo a *Gramática y Glosario*, p. 12). Es decir, la teoría para su propia conducta hasta exclamar: «¡En el Universo no soy nada, para mí lo soy todo!».

Por fin, todo español sabe de donde le salen las voliciones enérgicas de tener más alma, que equivales a tener más voluntad y más acción, que lo conviertan en alma tenaces e incambiables: «Genio y figura hasta la sepultura [...] lo que en la leche se mama en mortaja se derrama» (De *En torno al casticismo*, antología cit. por José Luis Abellán)

El 29 de octubre de 1903, Unamuno le pone en autos a Ricardo Palma

Me interesa mucho de todo lo que se refiera al movimiento literario de los países americanos de lengua española [...] Cualquiera noticia que me proporcione acerca de tal movimiento en el Perú –la república de más abolengo, la más tradicional– se la agradeceré muchísimo».

En 1906 califica al Perú como la más española de las tierras americanas «el Perú aquel dulce y tibio Perú». (Prólogo a *Alma América* de José Santos Chocano).

Ricardo Palma, se esmera por satisfacer la curiosidad de su amigo. Y, para comenzar, le recomienda leer *Flor de Academia*, «obra que le bastará para formar concepto de la literatura peruana en los siglos XVII y XVIII. Como apéndice al libro están las poesías del limeño Juan de Caviedes y su *Diente del Parnaso*, contra los médicos. Lea usted romances que no desdican de los de Quevedo» (Lima, 20 de diciembre de 1903).

Unamuno le ha escuchado a Palma, pero su impresión es distinta. Para él su valor es más histórico que literario: «libro interesantísimo para conocer la sociedad peruana de los siglos XVII y XVIII». Tampoco deja de opinar sobre la obra de Caviedes: «está a la altura de las que en su género se hacía en España, pero es un género que me gusta muy poco, ni aún siquiera manejado por Quevedo» (Salamanca, 18 de abril de 1904).

Por esta época, aparece en el escenario Clemente Palma, hijo de nuestro tradicionista. Su comunicación con don Miguel es, igualmente, epistolar y, en la primera del 12 de abril de 1904, le solicitó «un prologuito» para sus *Cuentos malévolos* en un tono realmente gallardo y de «simpático desenfado» como lo calificó su recipiario

¿Con qué título me presento ante usted para pedirle tan señalado favor? Con ninguno en verdad, puesto que el ser antiguo admirador de lo que usted escribe y ser mal escritor americano no son realmente títulos para solicitar de usted que pierda un cuarto de hora o poco más en llenar cuatro cuartillas en las que diga que mi librito es la octava maravilla o un fárrago de sandeces, que tengo talento o que tengo el piso alto desalquilado.

Y,

una majadería más, necesito ir al Perú en el próximo mes y quisiera que el libro estuviera editado para esa época. Ya me parece señor Unamuno verle estallar

de indignación: no sólo es usted bellaco como impertinente señor mío. ¿Quiere usted que abandone mis clases, mis labores de Rector, mis lecturas, mis libros, mis correspondencias y mis infinitos trabajos por prologar esas cuatro vaciedades que me remite usted? ¡Vaya que es usted fresco! Aguanto el chubasco, inclino la cabeza y quedo esperando sus órdenes suscribiéndome su admirador y servidor adicto que le besa la mano.

A los cinco días, Clemente Palma se daba por servido. Don Miguel de Unamuno había preparado el prólogo que se inicia así

Mi estimado amigo. Acabo de leer los *Cuentos malévolos*, que ha tenido a bien darme a conocer antes de entregarlos al público. Me ha movido a leerlos pronto y con interés el saberlo a usted joven. Además quería ver si se corroboraba aquel dicho decidero: de tal palo tal astilla y, todos los de la misma suerte, que no son pocos. Y le aseguro que no se han quebrado mis esperanzas.

El texto es corto y profundamente reflexivo

Leyendo estos dos cuentos de usted *El Quinto Evangelio* y *El hijo pródigo*, me retintinaban en los oídos del espíritu remembranzas del himno de Carducci a Satanás, pero lo que nunca se me hubiera ocurrido, y es sin duda de gran efecto literario, es hacer que al morir Jesús vea la figura de Don Quijote. Al cual Don Quijote tampoco creo que se le ha comprendido bien, por no ver en él la encarnación cristianismo español con su más entrañable y arraigado sentimiento, cual es el ansia de inmortalidad.

Y cuando, al final de su precioso cuento *El hijo pródigo*, que usted me dedica «hace que muera el Universo y vuelva a ser Nada», yo protesto como español y como Miguel de Unamuno: No señor Palma, y mil veces no: La Nada no puede volver a ser porque no sido nunca, y el Universo y usted y yo y los americanos todos y todos los españoles, y los hombres todos, y cuanto ha sido, es y será, es inmortal, vale más creer esto.

Y para «no digresionar en estas alturas, como perro que se pasea por la nubes, vamos a este su cuento en el cual palpita una de las concepciones profundamente evangélicas, y es la del infinito perdón, la del perdón absoluto». Para más abundamiento: «Cuéntase del malicioso Enrique Heine, que hallándose moribundo, y como alguien le hablara de la misericordia divina y que tuviese fe en que Dios habría de perdonarle replicó: «De seguro, ese es su oficio». Y aunque quiso decir un chiste dijo una gran verdad».

De ese modo yo, mi señor Palma, he sacado de la lectura de sus cuentos, amén de otras cosas más, un ensayo acerca del perdón y le debo a usted este favor y «le deseo a todos los lectores le ocurra lo mismo» (Salamanca, 17 de abril de 1904).

Clemente Palma estaba comprensiblemente feliz. En una breve y laudatoria respuesta escribe

Ya imaginará usted el gran regocijo que he tenido y la inmensurable gratitud que por usted siento, con una chispita de despecho ¿por qué? Sencillamente

porque lo que más vale de mi librito es precisamente lo que no es mío: el prólogo. El talento tiene inconscientemente insolencias despóticas. Usted sin esfuerzo y en breve rato, ha sacado de sus crisoles de alquimista eximio del buen decir, rica y valiosa piedra para engazarla en la tosca joya malamente cincelada por mí en luengas horas y tras de sudores y esfuerzos y penosos trabajos de forja. Muchas, pero muchas gracias, mi sabio y bondadoso amigo por su discreta carta, tan profunda y sustanciosa, tan benévola y tan sazónada de paradojas adorables (París, 25 de abril de 1904).

Ricardo Palma, se suma al agradecimiento

Recién he tenido noticias de la benevolencia de usted para con mi hijo Clemente. Por el vapor llegará dentro de tres días, espero recibir ejemplar del librito y tendré el gusto de leer la carta-prólogo de usted, que tengo para mí ha de parecerme muy sabrosa (Lima, 4 de junio de 1904).

2.1. Vida de don Quijote y Sancho: 1905

Miguel de Unamuno está con todo el fervor intelectual. Se lamenta de la falta de tiempo «que por desgracia cada día me escasean más para atender mi correspondencia y escribir a amigos como usted» –le dice Palma–. Pues, «han dado en la flor de traerme, llevarme y asenderearme, en oficio de predicador laico o caballero andante de la Palabra, y recorro esos pueblos y ciudades vertiendo la que yo creo ser la buena nueva». Felizmente, este verano he dispuesto de un par de meses para una obra que, acerca de *El Quijote*, maduraba hace tiempo

Es una especie de meditaciones sobre el texto cervantino, unas libres reflexiones y comentarios filosófico-morales. Lo tituló. *Vida de Don Quijote y Sancho*. «es un libro en el que he puesto gran empeño» (Salamanca, 13 de setiembre de 1904).

Palma recibe con alegría la noticia y, en la carta de vuelta, aclama

veo, con satisfacción que sentimos todos los admiradores del claro talento y portentoso ilustración que, en usted, son buenas raíces con que Dios quiso favorecerlo, que trae bajos los puntos de la pluma sin dudar que los cervantinos los hemos de tener en muchos y en cuya elaboración me dice usted que ha puesto gran empeño. Anheloso me tiene usted porque corra el tiempo, y pueda deleitarme con esa lectura que, indudablemente, ha de ser muy sabroso para mi paladar literario (Lima, 2 de octubre de 1904).

Un año después (10 de noviembre de 1905) Unamuno pregunta

A otra cosa. El silencio que usted guarda en su nota, me hace sospechar que acaso no ha llegado a sus manos el ejemplar de mi *Vida de don Quijote y Sancho* que en el mes de mayo le remití. Dígamelo para que repita el envío. Es mi obra y va, aunque poco a poco, abriéndose camino [...] Es mi obra capital» (A Riva Agüero le dice lo mismo pero con ligeras variantes: «he dado mi obra

más propia la *Vida de don Quijote y Sancho* que va, aunque muy poco a poco, haciendo su camino (Salamanca 7 de Abril de 1906).

Ricardo Palma no demora en contestar. Lo hace el 19 de diciembre y aclara su preocupación

No mi querido amigo. Mi silencio no ha sido por desdén a su notabilísimo *Vida de don Quijote y Sancho*, sino por falta de tiempo para escribirle, pues, con usted no debo ni puedo ser lacónico. Había ya leído el ejemplar que me envió Fernando Fe, cuando recibí el que usted tenía la amabilidad de obsequiarme. Empezaré por decir a usted que su libro fue para mi espíritu como gotas de rocío que lo refrescaron de la impresión amarguísima que en él dejara otra lectura que sobre Cervantes acababa de hacer. Quizá usted habrá adivinado que me refiero al escandaloso libro de Cotarello y Mori [...] [que me ha] producido las mismas náuseas que en un lavadero nos provoca la ropa sucia.

Palma continúa

A Dios gracias el libro de usted ha venido a embelesarme; qué sabrosas las semejanzas que usted nos presenta con pasmosa oportunidad, entre el caballero andante que bautizó Cervantes con el nombre de don Quijote y el fanático aventurero que la estulticia humana venera en los altares con el nombre de San Ignacio de Loyola. Dice usted en su Libro cosas pasmosamente nuevas, y que son grandes verdades, como aquella de que el acto mayor de humildad es el de un Dios que crea un mundo para que se lo critiquemos (p. 51), la manera de expresión colectiva de mi pueblo es un modo de rebuzno (p. 202). Dios se alimenta de la fe que en Él tenemos los hombres (p. 193). No se puede ser rico viviendo de mentira (p. 177). Y, en fin, tendría para rato si fuera a hablarle de todo lo que en su libro me ha gustado, y que en apostillas marginales ha marcado mi lápiz de lector¹.

Después de referirse los posibles ataques, por sus reflexiones sobre la eternidad de la pena y de la condenación, Palma concluye:

Llevo más de tres horas de plumear en el tintero. Si tuviera tiempo y vigor lírico como tengo voluntad, crea usted que no levantaría la pluma del papel, pues, su libro me daría telas y no pocas para el aplauso.

De esta obra, Unamuno comenta a otro amigo, la manera cómo lo había escrito

La he hecho de un tirón y por viviparición -otros libros lo he hecho por oviparición, empollando notas-, trabajando en él hasta cinco y seis horas algunos días, y de ahí que me haya salido con más calor que otras cosas mías. El texto cervantino me sirve de cañamazo en que bordo mis propias imaginaciones (Carta a Pedro Mugica, Salamanca, 15 de setiembre de 1904).

¹ Riva Agüero plasma su opinión: «No me extraña que la *Vida de don Quijote y Sancho* haga su camino poco a poco. Requiere, para ser debidamente saboreada, atención, reposo y el arte de saber leer entre líneas».

Y el 11 de diciembre comunicaba a Pedro Jiménez Uldain

el texto cervantino me da pie para todo género de revoloteos, y no es sino un pretexto para verter mi pensamiento y mi sentimiento todo.

Así lo hace

Es la visión del pasado lo que nos empuja a la conquista del porvenir, con madera de recuerdos armamos las esperanzas. Sólo lo pasado es hermoso, la muerte lo hermosea todo [...] Porque la esperanza es la flor del esfuerzo del pasado por hacerse porvenir, y ese esfuerzo constituye el ser mismo de uno (*Vida de Don Quijote y Sancho*, p. 64 y 202).

Antonio Machado, por su lado, lo elogia sin tapujos

el libro está impregnado de tan profundo y potente sentimiento que las ideas del pensador adquieren fuerza y expresión de imágenes de poesía y de ahí concluyo que sólo el sentimiento es creador.

José de la Riva Agüero, revela ser conocedor de los clásicos castellanos y del espíritu de la lengua al comentar la *Vida de don Quijote y Sancho*

Bajando a los detalles de ejecución, y por más que usted, con mucha razón, atienda más a la autoridad de la lengua viva en boca del pueblo que a las reliquias consignadas en los libros clásicos, no sé si recordará usted que el verbo *cogolmar* puede aducir en su apoyo a tan puro y correcto hablista como Fray Luis de León, el cual en una de sus poesías (creo que en las originales y no en las traducciones) emplea *coholmar* en vez de colmar. Con la aspiración de la h, usada en el siglo XVI, da exactamente el *cogolmar* de usted. Es probable que Fray Luis de León recogiera el vocablo en los mismos campos de Salamanca (Cit. por César Pacheco).

En síntesis, el libro que comentamos, valía sus quilates

tanto por su interpretación, personalísima y muy original de la obra de Cervantes, como por la exposición, a través de los dos personajes inmortales, de sus ideas sobre la esencia de España. Don Quijote es España, y solo a través de una reafirmación de los ideales del caballero se encontrará el camino que llevará a su salvación. A su regeneración de verdad.

2.2 Las Tradiciones Peruanas: 1910

Ricardo Palma, creó este género literario que se caracteriza por estar apoyado en hechos reales, en un lenguaje irónico y una moraleja edificante. Son pequeñas historias sonrientes destinadas a cumplir el mismo papel de las exemplas medievales. Las *Tradiciones...* fueron creciendo paulatinamente desde 1870 hasta la muerte de su autor en 1919. Consignamos simbólicamente 1910 por la dedicatoria a Miguel de Unamuno al tomo correspondiente a aquel año, publicado por la Editorial Emauci de Barcelona.

Veamos ahora las opiniones de don Miguel sobre aquella producción literaria. En su primera comunicación, del 20 de octubre de 1903, le hace saber que lo conocía por sus *deliciosas Tradiciones peruanas*. A su vez, empezando la «Carta-Prólogo» de los *Cuentos malévolos* de Clemente Palma, puntualiza que lo hace por

el prestigio que para conmigo le presta el nombre de su padre, *mi señor don Ricardo*, de cuyo ingenio nos queda tan deleitoso dejo a todos los que le hemos leído».

Pues, en América, don Ricardo Palma, «es el más exquisito cultivador de la ironía que yo conozco, y acaso de deba, como más de un crítico ha indicado, a que en el Perú, con el clima moderado e igual y la vida blanda, dulce y fácil, se ha formado un alma que no deja de tener sus analogías con el alma francesa y tal vez con el alma helénica».

En el ensayo-balance de la literatura hispanoamericana, a partir de la tesis de José de la Riva Agüero, don Miguel consigna su valoración matizándola con una anécdota

No voy a descubrir a Palma, que es, casi sin dudar entre afirmarse, el escritor hispano-americano más conocido y más gustado entre nosotros. Sus *Tradiciones peruanas* son conocidísimas. Palma es el escritor americano que ha logrado encontrar mejor su propia manera, el que ha llegado a mayor originalidad, acertando a reflejar en sus escritos la gracia lijera y zumbona del pueblo a que pertenece.

No se me ocurre sino remitir al lector a cuanto a respecto a Palma, a quien ha estudiado con cariño dice, el autor de la tesis que me sirve de pie para estas consideraciones

Es zumbón, satírico, algo escéptico, amablemente irónico. Al hablar de la iglesia, de los jesuitas, de la nobleza, se sonríe y hace sonreír al lector, pero con sonrisa tan fina que no hiere.

Será verdad, pero lo que sé decir, por lo que me toca, es que pocas veces me he reído, no sonreído, con tanta vehemencia, yo que tengo bastante rígida la cara, como reí una noche leyendo en la cama a solar y a favor del silencio, cierto pasaje de un libro de Palma, en que nos cuenta una visita a un noviciado de jesuitas.

Y fue que, al salir el visitante, como padre rector, que le acompañaba, le insinuase si tenía algo que preguntarle, manifestó el otro su sorpresa por haber encontrado un novicio regularmente torpe y negado de luces, cuando es proverbial eso de que los jesuitas no admiten sino a los inteligentes, aunque ello sea una patraña. Y el padre rector vino a decirle que, en efecto, todos servimos para algo, y añadió, refiriéndose al novicio cerrado de mollera

A ese prójimo le destinamos a mártir a Japón. La verdad es que este tan gracioso como sugestivo chascarro provoca algo más que una sonrisa fina (Cf. *Algunas consideraciones*).

Este episodio le había comentado a su autor en su carta del 18 de abril de 1904. Lo peculiar de aquella confesión, obviamente más íntima y amical, es que en ella decía

Acababa un día de acostarme cuando a poco entra mi mujer en el cuarto alarmada al oírme reír de tal modo, en carcajada contenida por no –despertar a los niños– que creyó que me había dado algún accidente y ello era que acababa de leer el chistosísimo cuento del inglés que visitó en el colegio de jesuitas...

Ricardo Palma, al tener conocimiento de aquel efecto hilarante en su amigo y que ocasionó un tremendo susto a su esposa, se excusa con delicadeza

Pida usted, en mi nombre, mil perdones a la señora, por haberla, involuntariamente, proporcionado una alarma que cargaré en cuenta a los Jesuitas con quienes siempre he vivido a mátame el potro que de matarme he la yegua (Lima, 4 de junio de 1904).

En el ensayo que comentamos, Unamuno vuelve insospechadamente al trauma de 1892

Y si la Real Academia Española, por su parte, ronca tanto antes de admitir americanismos –de lo que se ha quejado, y con razón, Palma– no ronca menos antes de registrar en su inventario voces y giros muchos de los que corren de boca en oído por extensas comarcas españolas...

Antes de ahora lo he dicho y creo deber repetirlo. Que me parecen dañosísimas y disparatados los pujos de magisterio literario respecto a América, que aquí en España se dan muchos, el desatinado propósito de ejercer el monopolio del casticismo y establecer aquí la metrópoli de la cultura. No... la necia y torpe política metropolitana nos hizo perder las colonias, y una no menos necia ni menos torpe conducta en cuestión de lengua y de literautra podría hacernos perder la hermandad espiritual (*Loc. cit.* 912).

Y el círculo se cierra: Unamuno es lapidario –sin mencionarlo nominalmente– contra Marcelino Menéndez y Pelayo, al referirse a la agitación anticatólica de Manuel González Prada y del autor de la tesis

es muy análoga a la que aquí adoptan los liberales, y apoyada por la labor infausta de algunos de nuestros escritores que más han influido, en el señor de la Riva Agüero, escritor que, por amor a la tradición y al casticismo, en parte, por un equivocado españolismo y por cobardía moral, ante todo y sobre todo, ha contribuido más que nadie en España a esa infecta especie de que es cosa ordinaria y de poco gusto atacar las creencias de nuestros mayores y combatir la mentira. Todo espíritu verdaderamente religioso, todo espíritu que afronte como deben afrontarse los problemas que tocan a la dicha y al destino huma-

no, tiene que sentirse sublevado al ver que se exalta el misterio de la Eucaristía no más que por razones estéticas, pese a todas las protestas en contrario [...] El esteticismo ha corrompido la fuente religiosa en los países que se llaman latinos (*Loc. cit.*).

Riva Agüero, no participa de ese juicio y, más bien, defiende al denostado

El escritor a que usted alude en el capítulo V de su estudio es, sin duda, Menéndez Pelayo. No tengo de él referencias personales: solo lo conozco por sus libros, que admiro ¿cree Ud. que sea cobarde el polemista de la *Ciencia española*, el hombre que ha escrito la *Historia de los heterodoxos*? Yo hasta lo encuentro valiente y católico de muy buena fe (citado por C. Pacheco, 162).

Es aquí donde don Miguel de Unamuno, al no encontrar eco a sus diatribas (como en su momento sí lo hizo Ricardo Palma), cuando decide dar por terminado el diálogo, no sin antes regodearse

De Menéndez Pelayo nada quiero decirle ¿a qué? Pero, créame que es un hombre que no cree ni en Dios ni en el diablo, un perfecto volteriano y que su españolismo agresivo y a *outrance* nos ha hecho mucho daño. Yo creo su labor en conjunto funesta. Le falta calor y entusiasmo, todo lo ve literariamente y las ideas no son para él sino curiosidades, más o menos estéticas. Y basta de esto (cit por C. pacheco 163).

¿Por qué este encono tan desaforado? Sin duda, porque don Marcelino fue el Presidente del Jurado de la Real Academia en 1892 de ingrata mención para la memoria del maestro salmantino.

Para Ricardo Palma, en cambio, Marcelino Menéndez y Pelayo era «el cerebro más enciclopédico de la España contemporánea». La cualidad que lo embelesa «es su modestia y exquisita llaneza. Desde el primer momento que conversáis con él, os inspira confianza, discute tranquilamente sin dogmatizar y dista mucho de acalorarse cuando se le contradice. Él no habría condenado a Galileo». En suma, es un hombre de criterio claro y sereno y, sobre todo, de muy singular y admirable percepción estética (Cf. *Recuerdo de España*, pp. 105-109) Unamuno que conocía estas apreciaciones no hizo ningún comentario y nunca cruzaron una palabra sobre él.

3. Epílogo: 1913

Finalmente, la amistad epistolar que cultivaron don Ricardo Palma y don Miguel de Unamuno se mantuvo con cierta fluidez hasta 1913. Por entonces, la salud de nuestro tradicionista estaba francamente quebrada por la edad y para remate el gobierno del Perú lo separó de su cargo de la Biblioteca Nacional (13 de Febrero de 1912) nombrando en su reemplazo a su declarado enemigo: Manuel González Prada.

Al tomar conocimiento de tal atropello, Unamuno le comenta a Riva Agüero

he recibido carta de don Ricardo en que este me cuenta lo que se ha hecho él y me envía diario en que narra el homenaje que le rindieron ustedes. ¡Muy bien! [...] Lo sucedido con don Ricardo y su hijo Clemente denota un modo de ser del gobierno realmente lamentable. Al veterano escritor –el más conocido y leído aquí de todos los hispanoamericanos de hoy– he de escribirle pronto pues le quiero también con este motivo rendirle mi homenaje (Salamanca, 25 de abril de 1912)

Ricardo Palma, dicta a su hija –lo que sería su última carta a don Miguel– el 16 de febrero 1913. Los motivos que trasuntan aquella misiva son los dos embates que lo acosan: la enfermedad y su contrincante. He aquí sus palabras cargadas de desazón

Lo más serio de mi enfermedad es la prohibición médica de ocuparme en nada que represente labor intelectual y gracias a que mi Hipócrates me consiente todavía dictar a mi hijas dictar las cartas a que me es indispensable dar respuesta [...] En cuanto a González Prada básteme decir a usted que es un hombre roído por la envidia. Siempre le ha quitado el sueño eso de que mi nombre y mis escritos sean tan conocidos en España y en América. Hace poco más de un cuarto de siglo que entre él y yo no había ni cambio de saludo, en la calle ni en sociedad.

Ricardo Palma recibió múltiples manifestaciones de solidaridad y desagravio. Pues, entre otras virtudes, además de su profusa creación literaria, se le reconocía unánimemente la labor de reconstrucción de la Biblioteca Nacional que había sido saqueada por el ejército chileno durante la ocupación de Lima (1881-1883). Como el Estado no destinaba dinero para comprar y reparar libros, Palma recurrió a sus amigos del país y del extranjero a que lo apoyaran en su cruzada de acopio bibliográfico. Por este empeño fue bautizado como «El Bibliotecario mendigo». Sobrenombre que Palma lo ostentaba con orgullo.

Cabe mencionar que José Riva Agüero pronunció un vibrante discurso en honor de don Ricardo Palma, su maestro y mentor intelectual. Aquí un fragmento de él

En vuestra senectud a la vez augusta y benévola, iluminada por la amble sonrisa de siempre, aparecéis como uno de aquellos venerados patriarcas homéricos que en deliciosos discursos daban cuenta a las generaciones de los hechos y costumbres de sus predecesores [...] decoro y ornamento de la nación, símbolo de lo pasado, intérprete y medianero de la antigüedad situado en el umbral de lo eterno.

No era para menos. Nuestro tradicionista había recomendado e introducido a Riva Agüero y otros jóvenes peruanos a don Miguel de Unamuno que se conoce por el epistolario que hemos publicado y por los ensayos en

preparación para el próximo libro a ser coeditado por las universidades de Salamanca y Ricardo Palma.

Aunque no sea necesario reiterar, la amistad de Ricardo Palma y Miguel de Unamuno, está documentado básicamente en las cartas que se cursaron ambos, así como otros familiares y amigos entre 1903 hasta 1913. En ellas tenemos una cantera de informaciones que van desde las cuestiones personales como la salud, las anécdotas, los comentarios de terceros hasta los temas esenciales sobre la creación literaria y el debate intelectual. Las cartas son documentos íntimos que fueron escritos sin pensar en su publicación y, por tanto, tienen la frescura y la agilidad que van de la mano con la personalidad del remitente.

La de don Ricardo, por ejemplo, está lleno de lisonjas y cumplidos para don Miguel.

En la del 22 de Octubre de 1904 se lee, «[aplauzo] su genial benevolencia (nota personal de usted) y su exquisita galantería (distintivo en raza)»

«Mi sabio amigo, envíoles mi agradecimiento anticipado»

«Le quiere y le respeta tanto como le admira su amigo muy adicto y seguro servidor que le besa la mano.

Las de don Miguel hacia Palma son más académicas. Van directamente al grano. Se inician con: «Mi muy estimado amigo» y terminan siempre con «Sabe que es muy de veras su amigo». Salvo, cuando su correspondencia es con otros como José de la Riva Agüero, dice: hablaré de «nuestro querido y venerado don Ricardo».

Carácter similar, aunque sumamente escuetos, son las dedicatorias de libros que intercambiaron. Por ahora solo conocemos la de don Ricardo Palma

rogándole que se tome la molestia de consagrar un par de horitas a la lectura del librejo que le envía su muy sincero apreciador que le besa la mano (*Papeletas lexixográficas*)

Al ilustre escritor Miguel de Unamuno, su admirador... (*Cachivaches*)

Al señor Don Miguel de Unamuno, su amigo afectísimo (*Recuerdos de España*)

Al Dr. Don Miguel de Unamuno por encargo del autor. El Editor (*Mis últimas tradiciones*).

De esta manera, con tales fuentes y otras de carácter literaria esperamos haber reconstruido las raíces, los frutos y el desenlace de una amistad inteligente que sostuvieron dos creadores del arte, separados por la geografía pero unidos por el lenguaje de la literatura.

Ambos desempeñaron el papel de Quijotes apasionados de esa Dulcinea que se llama el habla castellana. No fueron corto de palabras ni tampoco de obras, llenos de misticismo y de burla, con las que alcanzaron la inmortalidad.

Bibliografía

ABELLÁN, José Luis

1977 *Los españoles vistos por sí mismos*. Madrid: Artes Gráficas.

KAPSOLI, Wilfredo

2002 *Unamuno y el Perú. Epistolario, 1902-1934*. Lima: Universidad Ricardo Palma / Editorial Universitaria.

METZIDAKIS, Philip

1998 *Unamuno. Sus mejores páginas*. New Jersey: Prentice Hall.

PACHECO VÉLEZ, César

1993 «Unamuno y Riva-Agüero: un diálogo desconocido», en *Ensayos de simpatía sobre ideas y generaciones en el siglo XX*. Lima: Universidad del Pacífico: 112-222.

PALMA, Ricardo

1897 *Recuerdos de España*. Buenos Aires: J. Peuser.

1903 *Papeletas lexicográficas*. Lima: La Industria.

1949 *Epistolario*. Prólogo de Raúl Porras Barrenechea. Lima: Fondo de Cultura Antártica. 2 tomos.

ROBLES, Laureano

1996 *Epistolario Americano (1890-1936)*. Edición, introducción y notas de... Salamanca: Universidad de Salamanca.

RUIZ BARRIONUEVO, Carmen

2004 «Unamuno y su correspondencia con poetas, narradores y ensayistas peruanos». *Scientia*. Universidad Ricardo Palma / Centro de Investigación.

UNAMUNO, Miguel de

1959 «Carta Prólogo», a Clemente Palma. *Cuentos malévolos*. Lima: Ed. Nuevos Rumbos.

1968 «Algunas consideraciones sobre la Literatura Hispanoamericana. A propósito de un libro peruano», en su *Obras completas*. Madrid: Escelicer. Tomo VIII.

MIGUEL DE UNAMUNO Y RICARDO PALMA

- 1968 «Prólogo», a José Santos Chocano. *Alma América*, en su *Obras completas*. Tomo VIII.
- 1977 *Gramática y Glosario del Poema del Cid: contribución al estudio de los orígenes de la lengua española*. Edición y Prólogo de Bárbara Huntley y Pilar Liria. Madrid: Espasa-Calpe.
- 1987 *Vida de don Quijote y Sancho*. Madrid: Alianza Editorial.